

Arte visigótico en Tartalés de Cilla

EL amante del arte no pierde el tiempo con hacer una excursión, desde Trespaderne, del que dista unos tres kilómetros, en la seguridad de ver compensada la escabrosidad de la mitad del camino con la contemplación de lo sublime de aquellas gargantas de la montaña del Idúbeda, rodeadas de crestas y caireles y pináculos propios de las mismísimas góticas catedrales.

Tales tesoros naturales encierra el desfiladero de O. a E. de la minúscula villa de Tartalés de Cilla, que en su seno alberga a unos diez vecinos.

Sé que algunos Padres Jesuítas, entre otros el P. Herrera, han andado por aquellos vericuetos en busca de bellezas prehistóricas, y que han sido bastante afortunados, que el P. Portillo tuvo la santa chifladura de gastarse, lo menos 4.000 pesetas en la restauración de su pequeñita iglesia parroquial romano-bizantina, que ha quedado incensima; lo que nno sé es que hayan tratado de la inscripción visigótica de que yo ahora, por lo mismo, me voy a ocupar.

Tartalés, antiguamente no era Tartalés, sino algo tan poético como el arrullo de la tórtola casta que allí habita.

Hay en aquel profundo vallejo, según me dijo el venerable Cura del pueblecito, don Manuel, muchas tórtolas que anidan en los alisos que cubren su cristalino y murmurante arroyo, y de ahí debe venirle el nombre que tiene de Tartalés, por corrupción del vocablo Tortolés.

En ella, y como a unos veinte pasos de la referida iglesia, hay una ermita de San Fermín, sin ninguna importancia arqueológica al parecer, pero puede ser muy antigua, (aunque dada su sencillez de construcción y el revoque de mortero que tiene por dentro y por fuera no se puede formar juicio), pues hay dos arcos de herradura en la navecilla colateral izquierda, única que tiene, y entre ellos el púlpito en la enjuta abierta sobre la base de los arcos, mas no se puede saber, sin picar, si su primera forma es de piedra o de yeso.

Al lado de la derecha entrando, hay un arco redondo medio embutido en la pared con una guirnalda encima, como cobijando un sarcófago, y opino que allí pusieron primeramente en esa ermita los restos mortales de San Fermín, eremita que vivió en aquellos desiertos, al modo de los Fructuoso de Segovia y Toribio de Liébana, extraídos de la tosca roca, primitivo mausoleo en que fué tumulado.

De frente, al otro lado, en el antepresbiterio, y bajo la lauda que tenía en dicha roca están hoy tan sagrados despojos y la inscripción de esta lauda, forma de lomo de caballo que les cubre, es la siguiente:

«RESPICES AUGVSTVM DE RVPE PRECISVM (saltado ¿Sancti?)
FIRMINI SEPVLCRVM».

Esta letra es visigótica seguramente, que lo mismo puede ser del siglo VIII que del X. Un examen más detenido y más inteligente, como pudiera ser el de nuestro cronista de la provincia, don Luciano Huidobro nos lo diría «ad apicem». Corresponde al primer inciso del segundo renglón una palabra que dada tanta veneración debía ser «Sancti».

Sirve también de pila de agua bendita un capitel, parecido al que he visto en Revilla de Pomar y que el Don Luciano describe magistralmente en su obra del arte visigótico, y que me parece asimismo visigodo.

Acerca de este San Fermín hay la tradición siguiente:

Se hallaba, como dice la lauda descrita, sepultado el Santo Fermín, (Eremita tenía que ser, que aquellas alturas, desiertos y cuevas, no las hizo Dios para vivir Obispos como el San Fermín de Navarra), sepultado en la misma roca que le sirvió de guarida, «e rupe precissum» en el sitio que hoy llaman peña partida, por haberla hendido para pasar por en medio de ese enorme peñasco la carretera de Oña a Trespaderne, una vez que su base está lamiéndola el mismo río Ebro, y se disputaban estos preciosos restos los dos pueblos próximos, Tartalés y Trespaderne; mas los de Trespaderne, osados, no pudieron levantarlos, con su lauda una vez separados de la roca, viendo en ello una fuerza superior que les impedía; no así los de Tartalés que pudieron hacerlo con facilidad y llevársela al pueblo a la ermita en que hoy se encuentra y que acabo de delinear.

Las imágenes de los Santos, que están retratados sobre la lauda, son la primera derecha del s. XVII; la segunda del Cardenal Sn. Paternus. Albericus, cuya inscripción en su peana, así lo reza, del siglo tXVI, la tercera de un Obispo del siglo XV; la cuarta de una Virgen sentada, del siglo XIII o XIV, y la de una del Ermitaño, de hace un siglo. En la iglesia parroquial hay un precioso Cristo del siglo XV al XVII, de tamaño poco menos que natural, que mueve a compunción.

Tal es, a grandes rasgos, lo que vi en Tartalés.

JUAN SÁNZ GARCIA.